

*Preparativos de Roma para la campaña siguiente. – Expedición de Cornelio Escipión en España. – Artificios de que se vale Anibal para atraer los galos a su partido y asegurar su persona de un atentado. – Resolución de pasar a Toscana.*

Aunque Sempronio no ignoraba su derrota, quiso ocultar en lo posible al Senado y pueblo romano lo ocurrido, y despachó correos que diesen cuenta de cómo la batalla se había dado, y lo riguroso de la estación le había arrebatado de las manos la victoria. Los romanos de momento dieron crédito a estas noticias; pero informados poco después de que los cartagineses ocupaban el campamento de los suyos; que los galos todos habían abrazado el partido de Anibal; que sus legiones, abandonando el campo de batalla, se habían refugiado en las ciudades próximas y no tenían más provisiones que las que les llegaban del mar por el Po; entonces acabaron de comprender a punto fijo el éxito de la batalla. Ante un accidente tan inesperado, se puso suma diligencia en acumular provisiones, cubrir los países fronterizos, enviar tropas a Cerdeña y Sicilia, poner guarniciones en Tarento y demás puestos oportunos y equipar una escuadra de sesenta naves de cinco órdenes. Aparte de esto, Cneo Servilio y Cayo Flaminio, que a la sazón habían sido nombrados cónsules, alistaron tropas entre los aliados, levantaron legiones entre los suyos y acumularon víveres en Rimini y en Etruria, ya que en estos lugares se había de llevar a cabo la campaña. Imploraron asimismo el socorro de Hierón, que les envió quinientos cretenses y mil rodeleros. En fin, por todos lados se tomaron las medidas más eficaces. Tales son los romanos en general y en particular; entonces más formidables cuanto más inminente es el peligro.

En el transcurso de este tiempo (año -219), Cneo Cornelio, a quien su hermano Publio había dejado el mando de las fuerzas navales, como hemos indicado anteriormente, haciéndose a la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, arribó en aquella parte de España llamada Ampurias. Allí, desembarcando a sus tropas, puso sitio a todos los pueblos marítimos hasta el Ebro que rehusaron obedecerle, y recibió con agasajo a los que de voluntad se entregaron, procurando en lo posible no se les hiciese extorsión alguna. Después que hubo asegurado estas conquistas, penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con los aliados españoles. Al paso que se iba internando, recibía unos pueblos en su amistad, otros los reducía por fuerza. Los cartagineses que mandaba Hannón en aquellos países vinieron a acampar frente a él, alrededor de una ciudad llamada Cisa; pero Escipión, formadas sus huestes, les dio la batalla, la ganó y se apoderó de un rico botín, ya que en poder de éstos había quedado el equipaje todo de los que habían pasado a Italia. Aparte de esto, contrajo alianza y amistad con todos los pueblos de esta parte del Ebro, y tomó prisioneros al general Hannón y al español Índivil. Éste era un potentado en el interior del país, que había sido siempre sumamente afecto a los intereses de Cartago.

Luego que supo Asdrúbal lo que había sucedido, pasó el Ebro y vino prontamente al socorro. Informado de que las tropas navales de los romanos vivían demandadas y llenas de confianza por la ventaja que habían logrado las legiones de tierra, toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas dispersas por aquellos campos, mata a muchos y precisa a los restantes a refugiarse en sus navíos. Tras lo cual se retira, vuelve a pasar el Ebro y, sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado a los preparativos y defensa del país de parte acá del Ebro. Escipión, vuelto a la escuadra, castigó a los autores de este descuido según la disciplina romana y, formado después un cuerpo de tropas terrestres y navales, marchó a invernar a Tarragona. Allí distribuyó por partes iguales el despojo entre los soldados, con lo que se granjeó su afecto y benevolencia para el futuro. Tal era el estado de los negocios de España.

Llegada la primavera (año -218), Flaminio tomó sus legiones, atravesando Etruria, y fue a acampar a Arrecio. Mientras tanto Servilio marchó a Rímimi para contener por aquella parte el ímpetu del enemigo. Aníbal durante el cuartel de invierno en la Galia cisalpina retuvo en prisiones a los romanos que había capturado en la última batalla suministrándoles escasamente lo necesario. Mas por lo tocante a los aliados, después de haberlos tratado por el pronto con toda humanidad, los reunió y les dijo que él no había venido a pelear contra ellos sino contra los romanos por su defensa; que era interés suyo, si lo consideraban atentamente, el preferir su amistad, puesto que el principal motivo de su venida era restituir la libertad a los italianos y ayudarles a recobrar las ciudades y campos de que los romanos les habían despojado. Dicho esto, despidió a todos a sus casas sin rescate. Su propósito en esto era, a más de atraer por este medio a su partido los pueblos de Italia y enajenar sus ánimos de los romanos, conmover asimismo a aquellos cuyas ciudades o puertos se hallaban bajo el poder romano.

Durante los cuarteles de invierno se valió de esta astucia, propia de un cartaginés. Receloso de la inconstancia de los galos y trazas que podían maquinarse contra su persona, por estar aún reciente la alianza que con ellos había contraído, or-

denó hacer gorras y caperuzas adaptables a toda clase de edades. De éstas utilizaba continuamente, desfigurándose ya con una, ya con otra. Según la gorra, mudaba igualmente de vestido; de forma que no sólo los que le veían de paso, sino aun los que se paraban a hablarle, tenían trabajo en conocerle.

Advirtiéndole después que los galos sufrían con impaciencia que su país fuese el teatro de la guerra, y que deseaban y anhelaban la ocasión de invadir las tierras del enemigo, pretextando el odio contra los romanos, cuando en realidad era la codicia del despojo, resolvió levantar el campo cuanto antes y satisfacer los deseos de las tropas. Apenas cambió la estación del tiempo, se informó de aquellos que le parecieron más prácticos en los caminos. Encontró todas las otras entradas al país enemigo, largas y sabidas de los romanos. Sólo la que a través de unas lagunas conducía a Etruria le pareció penosa, pero corta, y extraña en el concepto de Flaminio. Desde luego se halló más conforme a su inclinación este camino, y resolvió hacer por él el viaje. Esparcida la voz en el ejército de que el general los había de llevar por ciertas lagunas, todos comenzaron a temer al considerar los lagos y pantanos de la marcha.